

## NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

### LA FORMALIZACIÓN DE LOS ACUERDOS SALT

Siguiéndole los pasos al Otoño, han hecho acto de presencia en el escenario internacional un tropel de acontecimientos cuales la reconciliación chino-japonesa, el «no» de Noruega y el «sí» de Dinamarca al Mercado Común, la formalización de los acuerdos SALT, las conversaciones de Nixon en Washington y Camp Davis con Gromyko, los viajes a Moscú y Pekín, respectivamente, de Egon Bahr y Walter Scheel, la insistente búsqueda de una solución en Vietnam, entre otros de menor monta, pero no carentes de relevancia, como la visita a Francia del jefe del gobierno polaco, Gierek. Aunque todos estén concatenados y todos contribuyan de algún modo a configurar el panorama actual y futuro de la política mundial, existe entre ellos una prelación que sitúa en primer término la normalización de las relaciones entre China Popular y Japón, el último toque dado a los acuerdos SALT y las conversaciones Nixon-Gromyko, extremos éstos cuyas consecuencias son de singular importancia, por consolidar las bases de una política de pragmática cooperación norteamericana-soviética.

En realidad, tal propósito aparecía al trasluz de la declaración del pasado 29 de mayo, relativa a las conversaciones Nixon-Breznev en Moscú. Calificada de «Fundamento de las relaciones mutuas», tal declaración evidenciaba la común voluntad de cargar el acento sobre los puntos de coincidencia y no ahondar en las divergencias. De ahí que se pudiera hablar entonces de «Carta de Cooperación», aparte de imponerse que la candente cuestión del control de las armas nucleares, y su eventual reducción, era tema a debatir cara a cara por los Estados Unidos y la URSS y en modo alguno a ventilar en la interminable Conferencia del Desarme. Por lo demás, la formalización en Washington, el 3 de octubre, de los acuerdos SALT, resultado de tres años de laboriosas negociaciones en Helsinki y Viena, es de hecho el reconocimiento oficial de una paridad estratégica existente desde hace mucho tiempo y que no podría alterar el tener uno de los adversarios

más o menos armas nucleares. En efecto, cualquiera que fuese la superioridad nuclear de uno de los gigantes, su ataque provocaría la réplica aniquiladora del otro, toda vez que técnicamente no cabe destruir toda, absolutamente toda, capacidad de réplica del atacado. Es decir, que la *limitación* acordada en la primera fase de las negociaciones SALT —a reanudar en breve con el nombre de SALT 2— no significa que el mundo está a salvo de un holocausto nuclear, sumamento hipotético, por supuesto, sino que las dos Superpotencias estiman disponer de suficientes pertrechos como para destruirse mutuamente, luego podían poner coto a los fabulosos gastos de la carrera de armamentos. Además, militarmente, es una carrera absurda por cuanto se da la paradoja de que debido a la dinámica de la carrera armamentista, a más armas menor seguridad, por aumentar el número de funcionarios y técnicos que participan en el poder de decisión de los estadistas. De ahí que al multiplicarse y perfeccionarse las armas atómicas, norteamericanos y soviéticos acordaran instalar el famoso «teléfono rojo».

Al margen de estas generalidades y a grandes rasgos, los acuerdos SALT limitan, de una parte, los sistemas antimisiles a dos por país y, de otra, se refieren a los misiles ofensivos estratégicos ICBM, desplegados en tierra o situados en submarinos. No podrá aumentarse su número a partir del 1 de julio de 1972, lo cual supone una ventaja para la URSS, dotada de 1.618 ICBM, frente a los 1.054 de los Estados Unidos. Pero los Estados Unidos no se quedan al garete: técnica y cuantitativamente están por delante de la URSS en materia de misiles de cabezas múltiples o MIRV, disponen de aviones nucleares y de una flota de bombarderos estratégicos tres veces superior a la soviética, aparte de que es difícil comparar sistemas diferentes de armamento. Finalmente, si Estados Unidos pueden modernizar los submarinos portadores de misiles, la URSS puede aumentarlos, así como mejorar sus misiles de cabezas múltiples, salvo los SS-9 portadores de tres cabezas atómicas de cinco megatones cada una. Es decir, que la carrera cuantitativa se ha transformado en competición cualitativa. Estamos lejos del desarme nuclear, cuyas ventajas son, por lo demás, discutibles, ya que la disuasión que se deriva del riesgo nuclear permite ir soslayando la guerra a escala mundial. Lo que sí se impone es que los acuerdos SALT codifican la paridad estratégica entre las dos Superpotencias, a un tiempo que las negociaciones adquieren rango institucional con la «Comisión Consultiva», que incide en el papel que desempeñan las alianzas, en particular la OTAN, y, por vía

de consecuencia, en Europa occidental, cuya seguridad sigue asentada en la garantía nuclear de los Estados Unidos, cuya «santuarización» parece confirmarse.

Pero un juicio de valor sobre las consecuencias para Europa occidental de los acuerdos SALT está supeditado a los resultados de la nueva fase de las negociaciones que, lógicamente, habrán de versar sobre cuestiones relativas a la OTAN, cuyo dispositivo no ha modificado directamente el acuerdo de Moscú. Por lo pronto, a la reunión ministerial del Consejo del Atlántico, celebrada en Bonn el 31 de mayo, no se le pasó por alto que en las conversaciones Nixon-Breznev se procedía a un ajuste de relaciones. Aunque la reunión ministerial recogió los términos del comunicado norteamericano-soviético sobre dos problemas esenciales, o sea, la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea y la reducción de fuerzas en Europa —cuestión ésta a debatir en una «Conferencia especial» fuera del marco de la OTAN—, los reunidos consideraron planes de defensa, maniobras y la unificación del armamento para subsanar desventajas logísticas frente a las fuerzas del Pacto de Varsovia. Rutinarias en cuanto a planes de defensa y maniobras, esas medidas no dejan de tener visos de precautorias en espera de que se pongan en claro las perspectivas de paz que se deriven de la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea. La cautela es un acierto que apunta a evitar el riesgo de que la OTAN se quede compuesta, y sin el novio norteamericano, eventualidad que no se puede descartar totalmente después de las recientes conversaciones Nixon-Gromyko, reveladoras de que el diálogo entre Washington y Moscú, cuya relevante expresión fueron los acuerdos SALT, se amplía ahora al ámbito comercial, marítimo, tecnológico y espacial. Todo ello es consecuencia de la doctrina política de Nixon que, centrada en el repliegue, entraña un replanteamiento generalizado de la política mundial en el que Europa está implicada, después de Asia, donde no oculta la carta que juega.

#### LA XXVI REUNIÓN DEL COMECON

Con motivo de la estancia del Secretario de Estado norteamericano, William Rogers, en Budapest, los días 6 y 7 de julio, se ha aludido a un paralelismo entre la postura independiente de Rumania y la de Hungría con relación a la URSS. La firma de un acuerdo consular y de otro de cola-

boración científica con los Estados Unidos, además de una entrevista de William Rogers con el primer secretario del partido comunista húngaro, Janos Kadar, y conversaciones con el ministro de Asuntos Exteriores, Janos Peter, parecen dar consistencia a la sospecha, que no es reciente, de que, pese al escarmiento sufrido por una Checoslovaquia que pretendió ir a su aire por el camino del socialismo, no funcionan los países del Este a toque de corneta moscovita. Hace unos veinte años, recién instaurados los regímenes comunistas por obra y gracia de la URSS, era válido el esquema de la obediencia sin rechistar. El transcurso del tiempo lo ha modificado, aun sin invalidarlo totalmente. Es la razón por la que ha de abordarse con la máxima cautela la cuestión de las relaciones entre los llamados satélites y la URSS. El comentario trae a colación un informe que, por emanar del Este, presenta singular interés para hacer un somero diseño de las dificultades con que tropiezan los dirigentes soviéticos llegada la hora de desarrollar la coordinación práctica de las economías en el marco del Consejo de Mutua Ayuda Económica, conocido por COMECON, y más aún de presentar un frente unido en la proyectada Conferencia de Seguridad Europea.

Se trata del informe presentado en octubre de 1971 por un miembro del Buró Político de Checoslovaquia, Vasil Bilak, que fue primer secretario del partido comunista eslovaco en sustitución de Dubcek, cuando éste fue nombrado primer secretario del partido comunista checoslovaco. Aunque conocido por su pro soviétismo, no parece que apeló a la URSS para volver a su país por el buen camino en 1968. Con todo, su opinión es más de tomar en cuenta para enjuiciar la cohesión o dispersión reinante en el bloque socialista que las visitas de William Rogers, que sólo confirman la voluntad de diálogo y coexistencia pacífica entre el Este y el Oeste.

Aunque ninguno de los países del Este se haya salvado de la inquisitiva atención de Vasil Bilak, son Polonia, Rumania y Hungría las que han sido llevadas a la picota, singularmente Hungría. Así, en criterio de ese custodio de la ortodoxia, Hungría está cometiendo los mismos errores que originaron «la primavera de Praga», iniciada a la chita callando en 1966, al socaire de nuevas normas de desarrollo económico, o sea, antes de que Dubcek accediera al poder. De ahí que Vasil Bilak desconfíe de la reforma económica en curso en Hungría y haya denunciado las divergencias existentes entre el sector industrial y el político, cuya consecuencia es que el andamiaje económico se hurta al control del partido. Semejante situación es propia para crear problemas, dado el importante papel que a Hungría

le corresponde en el plan de integración económica, que constituyó la tarea de la XXV reunión del COMECON, celebrada en Bucarest a finales de julio de 1971. En ella, «la ley del desarrollo armónico planificado» de Jruschev fue sustituida por una integración económica basada en el principio marxista de la división del trabajo. Era la meta hacia la que se venía apuntando desde hacía más de diez años, mediante una planificación unificada que en 1963 provocó los recelos de Rumania, aferrada a la tesis de la soberanía nacional y la reciprocidad de la ayuda. Son bien conocidas las consecuencias de orden político que entrañaba la actitud de independencia de Rumania, la discípula del campo socialista.

Al parecer, la integración acordada el año pasado ha provocado similares recelos en Hungría, uno de los países más pobres del COMECON, falto de materias primas y energía eléctrica, sólo riquísimo en bauxita, y que hubo de soportar en los primeros años de la posguerra una industrialización acelerada que absorbió toda su capacidad de inversión y lo situó en la total dependencia de la URSS. Esta fue una de las causas del levantamiento de 1956. De los escarmentados de entonces han nacido los avisados de ahora: en la XXV reunión del COMECON, Hungría acató los planes de integración, centrados, en lo que a ella respecta, en ser proveedora de la bauxita, que la URSS se cuidará de convertir en aluminio, a un tiempo que le suministrará, como a otros países socialistas, gas natural procedente de Siberia. Como se evidencia, la coordinación de los planes o integración económica o división del trabajo, que difiere sensiblemente de la discutida supranacionalidad, borrada del léxico socialista, implica dependencia de la URSS por parte de las economías—y, por ende, de las políticas—de los países menos desarrollados o cuyo desarrollo resulta entorpecido por sus condiciones naturales.

Esta dependencia, de cumplirse a rajatabla lo acordado hace un año, explicaría las herejías económicas de Hungría, denunciadas por Vasil Bilak, y sus esfuerzos, similares a los que en tiempos hiciera Rumania, para multiplicar los intercambios comerciales y abrirse paso en el mundo occidental. Que la solapada reserva húngara a entrar en el juego de la integración haya provocado alguna tensión entre Moscú y Budapest, la sugiere el viaje de Breznév a Budapest en septiembre de 1971 y más aún el que Janos Kadar hizo a Moscú el 11 de febrero, insólito por el hecho de que unos días antes los dos dirigentes se habían visto en una reunión del Pacto de Varsovia. Sin embargo, poco después Kadar y el jefe del Gobierno húngaro,

Fock, firmaban en Bucarest un tratado de amistad entre Hungría y esa Rumania que Vasil Bilak ha puesto como chupa de dómene por desarrollar tesis contrarias al interés del campo socialista y tener una política nacional. ¿Cabe relacionar la firma del aquel Tratado con la visita de Fock a Moscú a finales de marzo?

Lo que sí puede estimarse, sin grandes riesgos de error, es que en el año transcurrido no ha marchado sobre ruedas la integración económica de los países socialistas. Tal se desprende del comunicado final de la XXVI reunión del COMECON, celebrada en Moscú los 11 y 12 de julio, en el que abundan las medidas concretas destinadas a estrechar los vínculos económicos y financieros. Los políticos no se mencionan. Se sobrentienden. Reales o ficticios, son imprescindibles en función de la Conferencia de Seguridad Europea. Por ello la URSS hará la vista gorda ante las eventuales trampas de Hungría en el ámbito de la integración. La Historia no se repite, y nada es tan improbable como que Hungría en 1972 sea medida por el mismo rasero que Checoslovaquia hace cuatro años.

#### LAS RELACIONES ENTRE EGIPTO Y LA UNIÓN SOVIÉTICA

Mientras los Jefes de Gobierno de los países de la CEE preparaban el equipaje para asistir en París a la «cumbre» de los 19 y 20 de octubre, el presidente del Consejo de Egipto, Aziz Sidki, estaba en Moscú, donde llegó el día 16, siendo recibido con todo lujo de honores e inusitada propaganda. Apenas si cabía esperar semejante recibimiento después del grave desaire que el presidente Sadat infligió a la URSS en el pasado julio, cuando señaló la puerta a los aproximadamente 15.000 asesores y técnicos soviéticos presentes en su país. En un mundo de largos conflictos y laboriosas reconciliaciones podía mover a satisfacción que tan reciente tensión desembocara en un abrazo de «vodevil», el de la paciente esposa que perdona al irascible esposo. Los resultados de la visita a Moscú de Aziz Sidki nublan un tanto esa visión optimista de las cosas, porque más allá de apariencias susceptibles de fáciles ironías se vislumbra el fondo triste, por no decir desolador, de la cuestión, que es la necesidad para Egipto de asirse al apoyo soviético; más exactamente, a la ficción de apoyo de esa rama podrida. Como, por desgracia, con relación a las dos Superpotencias, ésta o similar necesidad es la de los países medianos y pequeños, que son la mayoría, el Canossa a que se

ha visto constreñido Egipto es una confirmación de que sólo las Superpotencias juegan el juego político mundial. Medianos y pequeños no pasan de ser peones. Es más: se evidencia que ese remedo de Yalta que fueron las conversaciones Nixon-Breznev en Moscú tienden a apretarle las clavijas a los no grandes. Es el caso de Egipto, que quiso sacudirse la tutela soviética en la esperanza de que los Estados Unidos resolverían de algún modo el interminable y ruinoso conflicto árabe-israelí, toda vez que la presencia soviética ha sido invocada por Israel como el principal obstáculo para una paz justa y estable.

El propósito de apartar ese pretextado obstáculo no ha sido el único elemento que determinó la decisión del presidente Sadat. Desde hacía tiempo se venía observando la reticencia egipcia frente a la presencia soviética, mal vista por los medios moderados o conservadores por razones obvias y de la que recelaba el sector militar partidario de la solución bélica, por estimar que la URSS impedía la reanudación de la lucha para no enturbiar sus relaciones con Washington. Por tanto, no carecía de respaldo en el país la decisión de Sadat, cuya primera consecuencia es un sensible debilitamiento de la capacidad operativa del ejército egipcio, que es teórica, pues la URSS, como Don Quijote con su celada, ha rehuído «hacer nueva experiencia de ella». De otra parte, la ayuda soviética se ha centrado en potenciar el ejército egipcio para operaciones defensivas. De ahí que si ha suministrado aviones Mig-21, cuya capacidad de vuelo no permite alcanzar centros vitales israelíes, se ha negado a entregar Mig-23, que están en condiciones de atacar esos objetivos.

Naturalmente, la táctica soviética de oposición a toda iniciativa bélica y presencia en el país, justificada por un estado latente de guerra, era favorable a su interés nacional. Ese interés acaso incidiera en las negociaciones de los múltiples intentos de solución pacífica. Pero semejante postura ambigua ha hecho mella en el ánimo de los dirigentes egipcios y más aún en los impetuosos libios. Por consiguiente, desde el punto de vista del interés nacional de Egipto, es lógico que se buscara salida a una situación de inmovilismo, sin descartar siquiera la negociación, que rechaza parte del país y no sólo ciertos sectores militares. Tal abonan las ruidosas manifestaciones estudiantiles que siguieron a la expulsión de los soviéticos, por estimarla un paso dado en dirección del arreglo negociado.

Si era lo que esperaba el presidente Sadat, ha errado el tiro. Israel se mantiene cerrado de banda. Ahora ya no son los soviéticos el obstáculo

para la paz; son los terroristas, como dijera Abba Eban en conversación mantenida con William Rogers el 22 de septiembre, a sabiendas de que los llamados terroristas no están en Egipto, contrariamente a lo que sucedía con los soviéticos, cuya expulsión, en el ámbito de la especulación pura, no era un desacierto. Hubiera sido excelente de poderse cobijar Egipto bajo la sombra tutelar de los Estados Unidos o de una Europa coherente. Pero en lo que respecta a los Estados Unidos, el momento escogido para operar una reconversión era sumamente inoportuno. Ningún candidato a la presidencia del país más poderoso del mundo osará causar el más leve disgusto a ese apéndice de Israel en los Estados Unidos que es la comunidad judía norteamericana. De ahí que el presidente Nixon no prestara atención a Egipto. En cuanto a Europa, falta mucho para que represente una común voluntad política. Así lo evidencian los resultados nulos del viaje exploratorio que en el pasado verano hizo el director de *Al-Ahram*, señor Heykel, y las visitas, a finales de septiembre, del ministro de Asuntos Exteriores, señor Zayyat, a diversas capitales europeas. Con muy buenas palabras, los dirigentes europeos se excusaron de no asumir el relevo de la URSS, en particular en materia de armamentos. Esa demanda de armamentos era un eco de la afirmación hecha por el tornadizo presidente Sadat ante el Comité Central del Partido Socialista Árabe, según la cual Egipto se negaba a toda negociación directa —que es precisamente la que exige Israel— y todo arreglo parcial preconizado por los Estados Unidos. Es decir, que Egipto no excluye totalmente una guerra, que descartaba la URSS, dado que tanto una derrota como una victoria egipcia la hubiera eliminado de esas tierras. Pero la URSS ya no está en Egipto, sino en Siria e Iraq. No es de extrañar, por tanto, que el comunicado final de la visita de Sidki mencione la eventualidad bélica.

Entonces ¿qué significa esa visita a Moscú? Egipto no puede prescindir del apoyo de una Superpotencia. Dado que los Estados Unidos no han llenado el vacío que dejaron los soviéticos, por fuerza hay que volverse a ellos. El presidente sirio, Assad, había desbrozado el terreno para una «normalización» de las relaciones egipcio-soviéticas. Pese al moderado calor del comunicado final, no se impone que, en lo esencial para Egipto, que es la masiva ayuda militar, se han acortado las distancias entre El Cairo y Moscú. La protocolaria invitación que Sidki ha formulado a la «troika» ha sido aceptada, pero sin precisar fecha. Moscú, que acaba de ver reducida su deuda a los Estados Unidos por «préstamos y arriendos» de 11.000 millones de



dólares a 500 millones y ha firmado un ventajoso acuerdo comercial con Washington, se guardará de enojar a los norteamericanos. Lo fundamental es no alterar una cooperación fructuosa, lo cual permite a Israel hacer mangas y capirotas, en tanto que Egipto, quieras que no, está atado de pies y manos a la URSS.

#### LA RECONCILIACIÓN CHINO-JAPONESA

El viaje a China Popular del primer ministro Tanaka no ha provocado las tracas informativas a que dio lugar el del presidente Nixon. Sin embargo, se impone que no sólo los resultados alcanzados en lo inmediato por el acercamiento entre Tokio y Pekín dejan en meros balbuceos las sonadas conversaciones entre el Jefe del Ejecutivo norteamericano y Chou En-lai, sino que las consecuencias de la reconciliación chino-japonesa rebasan ampliamente el marco de las relaciones entre dos países para incidir en la política mundial. Con todo, fue la decisión del presidente Nixon de viajar a China Popular la que ha determinado la carrera en pelo de Tanaka en dirección a Pekín. Sintetizando la acción política de ambos dirigentes, trascendente para el futuro del mundo, cabe decir que «uno sembró y otro cosecha», y que la cosecha no se limita a «poner los cimientos de una expansión comercial y económica de insospechadas perspectivas», como ha estimado un observador.

En efecto, además de este aspecto de la cuestión, que por situarse en primer término parece el más importante, hay un éxito de China en su esfuerzo por romper el cerco al que se ha visto sometida desde hace años y una clara tendencia a que la doctrina política de Nixon en Asia plasme en un eclipse total de la presencia e influencia norteamericana en ese Continente, de suerte que el poder en esas áreas y en el Oeste del Pacífico pase a manos de los asiáticos, lo que implica nuevas estructuras político-estratégicas mundiales. De otra parte, el Tratado en nueve puntos firmado en Pekín el 29 de septiembre no se limita a restablecer las relaciones diplomáticas entre China y Japón: corre una cortina sobre casi un siglo de humillaciones y concesiones impuestas a China por su vecino y que culminaron con la invasión de 1937. Es decir, que la reconciliación chino-japonesa era más difícil que la chino-norteamericana, ya que la hostilidad de los Estados Unidos sólo data del triunfo del comunismo en 1949 y no tenía raíces históricas, como esa enemistad entre los dos vecinos, cuyo recuerdo no ha eludido el

Tratado de Pekín. Como dijo Chou En-lai, «el pasado ha de servir para construir el futuro», lo cual dista de echar el pasado en olvido, sutil matiz que sienta las bases de una reconciliación meditada que ha producido entusiasmo y hasta alegría en Japón.

Aparte del pasado, que no se olvida, pero se supera, existen entre China y su vecino perspectivas de cooperación fructuosa, que la evidente buena voluntad de Kakuei Tanaka ha permitido a Chou En-lai considerar, a un tiempo que se esbozaban las condiciones de amistad entre dos países que se complementan y pueden ejercer, en buena armonía, decisiva influencia en Asia, extremo éste al que contribuye favorablemente la situación asimétrica de China y Japón. Porque si desde 1949 China Popular ha practicado una política independiente, Japón, durante veinte años, ha resultado dependiente de los Estados Unidos. De otra parte, pese a las divisiones soviéticas actualmente estacionadas en sus fronteras y a lo modesto de su arsenal atómico, China está «santuarizada», existiendo entre este país y la URSS un equilibrio del terror que hace improbable, pero no imposible, un conflicto armado a gran escala. Por ello, China ha de mantener fuerzas numerosas en sus fronteras del Norte, mientras no se resuelva la disputa territorial, en curso de negociación. Japón, en cambio, no tiene problemas fronterizos, si bien, carente de poder nuclear y con muy recortadas fuerzas armadas, es militarmente vulnerable y sólo amparada por el Tratado de Seguridad suscrito con los Estados Unidos, lo que ha venido gravitando sobre su política exterior, de hecho apuntada por Washington. Finalmente, China es industrialmente débil; Japón, fuerte y desarrollado en técnicas modernas, lo que explica el interés chino por llegar a un acuerdo con ese vecino, cuya expansión económica tropieza con dificultades comerciales en Estados Unidos y en parte en Europa. Por si fuera poco, China es rica en materias primas que Japón ha de importar de países más o menos lejanos, en tanto que los intercambios con China, por motivos geográficos, son más fáciles y menos costosos. Es decir, que la asimetría entre China y Japón —hasta en lo ideológico por ahora— hace que esos dos países asiáticos se complementen y tengan por conveniente ir del brazo, por lo menos durante cierto tiempo. Tal caminar de consumo puede permitir a China lograr su objetivo fundamental y tradicional, que es esa Asia de la que Japón es parte integrante y de máxima importancia. Así lo entendieron en tiempos los Estados Unidos, que, en su política de contención, asignaron a su antiguo adversario un papel destacado que llevaba irremediablemente a un nuevo

militarismo nipón. El Tratado de Pekín ha dado al traste decididamente con el sistema ideado por Foster Dulles, y China coge de la mano al vecino descarrado por el tutor norteamericano, con el propósito de llevarlo por el buen camino. el asiático, lo cual puede ayudar a China a hacerse con el liderato del Tercer Mundo, singularmente el de Asia. El poder económico de un Japón militarmente desarbolado es factor decisivo para el desarrollo y creación de una sociedad hartamente diferente de la sociedad de consumo y despilfarro occidentales.

Cierto es que de aceptar Japón ese papel auxiliar caería en una dependencia de China similar a su anterior dependencia de los Estados Unidos. De ahí que Japón abrigue seguramente intenciones políticas menos ingenuas de lo que sugieren las apariencias. En todo caso, el acercamiento Tokio-Pekín fortalece a Japón para negociar el Tratado de paz con la URSS, que habrá de hacer concesiones territoriales—accediendo, cuando menos, a devolver las Habomais—, so pena de que las inversiones japonesas destinadas a Siberia se encaminen a China, que, por lo demás, rehúye supeditarse en lo económico a un solo país. Tal pregona la tesonera política de relaciones exteriores múltiples de Chou En-lai, que hasta juega la carta de los Estados Unidos, sin dejar de maniobrar para eliminar su presencia y hasta su proyección en Asia. No llegaba a tanto, por supuesto, la doctrina Nixon. Se limitaba a que los Estados Unidos pudieran ver los toros desde la barrera, una vez pagado un buen precio por la entrada. Los hechos han ido más allá de las intenciones nixonianas, y en el horizonte se diseña en el Pacífico un polo de poder y desarrollo estrictamente asiáticos. Puede ser el gran acontecimiento de las postrimerías de nuestro siglo, junto con la evidencia de que Asia ha puesto coto a un expansionismo norteamericano iniciado en el siglo XIX a costa de Hispanoamérica y España, en parte, precisamente en Asia; concretamente, en Filipinas.

#### LAS RELACIONES INTERNACIONALES DE JAPÓN

Por mucho que nos cueste admitirlo a los europeos pendientes de los problemas del viejo Continente, el centro de gravedad de la política internacional se desplaza hacia Asia. En cambio, los Estados Unidos, que llevan la voz cantante en el mundo occidental, dan muestras de actuar, en lo que cabe, en función de ese fenómeno. Y se les ha impuesto que el futuro

mundial se está gestando allí, no sólo como consecuencia de una política triangular que consagró el viaje a Pekín del presidente Nixon, sino también como resultante de la postura que adopte esa especie de lugar geométrico del triángulo, que es Japón. Si bien hasta fecha reciente este país anduvo dócilmente en pos de los Estados Unidos en lo político, está claro que ha reconsiderado su comportamiento y que se apresta a asumir su destino y responsabilidades y a iniciar una nueva trayectoria, hasta ser pieza fundamental de Asia, merced a su poder económico y tecnológico incuestionable. Para esta partida, Tokio dispone de cartas que le permiten jugar con posibilidades de éxito lo mismo con China Popular que con la URSS y su aliado norteamericano, por muy distintas que sean las incidencias del juego de uno a otro jugador.

La tarea de replantear la política de Japón, encallada en un esquema político-estratégico ampliamente rebasado, la ha acometido sin dilaciones el nuevo primer ministro japonés Kakuei Tanaka, sucesor desde el 5 de julio de Eisaku Sato, que durante ocho años ejerció el poder con una lealtad a los Estados Unidos que, sin arrojar un saldo totalmente negativo, no dejó de alicortarle los vuelos a Japón. Ciertamente, Sato consiguió que parte del archipiélago de Ryukyu, y singularmente Okinawa, volviera a la soberanía nipona; pero en forma ambigua en Okinawa, donde subsisten bases militares norteamericanas, utilizadas por los B-52 para sus misiones de bombardeo de Vietnam del Norte, lo que ha provocado la protesta del nuevo primer ministro, que ha salido a la palestra dispuesto a que los Estados Unidos no comprometan a Japón en sus pleitos. En cambio, Sato no pudo mantener su país a salvo de los coletazos originados por las drásticas medidas adoptadas en agosto de 1971 por el Presidente Nixon para remediar la crisis económica norteamericana. Este fracaso ha determinado que el gobierno de Sato no pudiera sobrevivir hasta las elecciones previstas en Japón para finales del año en curso, a un tiempo que lo han privado de cosechar el fruto de una cautelosa labor de acortamiento de distancias con lo URSS y sobre todo con China Popular, hacia la que Tanaka ha echado a andar inmediatamente, partiendo de la base de que el Gobierno de la República Popular es el único representante de China, con todas las consecuencias que se derivan de ese reconocimiento; una de ellas, dar por nulo y no existente el Tratado de paz y amistad de 1952 con China nacionalista. Por lo tanto, puede decirse que Japón ha recorrido la casi totalidad del camino que lo separa de su vecina. Sin embargo, pese al interés de Tokio por normalizar

las relaciones con China Popular y pese a las buenas disposiciones reiteradamente manifestadas por Chou En-lai para cerrar la cuenta con Japón, a la hora de la verdad bien podría salir a relucir una reivindicación territorial que la propaganda china aireó agriamente hace unos pocos meses. Se trata de un grupo de islotes situados a unos 200 kilómetros de Taiwán. Ocupados en 1895 por Japón en virtud del tratado de Shimonoseki, fueron incluidos en el archipiélago de Ryukyu. Faltos de agua, son en realidad inhóspitos peñascos, pero de suma importancia, por cuanto en su subsuelo marino parece abundar un petróleo del que carece Japón y no anda sobrado en territorio chino. Los forcejeos para la posesión de esos islotes podrían alargarse indefinidamente y hasta hacer fracasar unas negociaciones de reconciliación convenientes para ambos países, complementarios en lo económico, de no disponer Japón de la carta soviética, que constituye una preocupación para China. También la carta china pone en alerta a la URSS, que ha acelerado un acercamiento a Japón, iniciado hace años por tortuosos caminos y procurando soslayar el espinoso problema territorial, que Japón no deja en su empeño de plantear y resolver a su favor.

Los pasos dados por Washington y Pekín espabilaron a los soviéticos, amodorrados por las interminables y esporádicas negociaciones de un Tratado de paz con Japón, siempre atascado en las reivindicaciones territoriales niponas, que Moscú se ha venido negando a discutir. Y a finales de enero, anticipándose al viaje de Nixon a China Popular, Andrei Gromyko voló a Tokio para hacer la visita programada desde hacía años. La reciente declaración de Tanaka, según la cual está madurando la situación con la URSS para mejorar las relaciones, lejos de sugerir que Japón desiste de sustentar su conocida tesis sobre los territorios ocupados por los soviéticos en virtud de los acuerdos de Yalta—suscritos cuando la URSS y Japón no estaban en guerra—, muestra que Moscú se dispone a reconsiderar una cuestión que hasta fecha reciente estimaba zanjada. De ello se infiere que el futuro de parte de la isla Sajalín, las islas Kuriles y las Habomais, arbitrariamente agregadas a las Kuriles, será tema de discusiones y posiblemente concesiones en las conversaciones preliminares del Tratado de paz que se iniciarán el próximo septiembre. Un Japón claramente solicitado está en óptimas condiciones para conseguir que la URSS admita, por lo menos, que cometió un error geográfico al estirarse en su ocupación de territorios japoneses hasta las islas Habomais, cual si fueran parte de las Kuriles. Ello permitirá a estos dos países concluir un Tratado de paz que los sacará de la incómoda

LIUDPRANDO

situación en que los coloca no haber resuelto todavía problemas derivados de la guerra. Por lo demás, dado el desarrollo de Japón y su dominio de las técnicas más modernas, sólo ventajas puede reportar a la URSS una más clara amistad con ese país, aun cuando éste no se meta de hoz y de coz en la explotación de Siberia para no irritar a China Popular que reivindica parte de ese territorio.

Es decir, que Kakuei Tanaka habrá de tener mucha mano izquierda para llevar la nave japonesa por las encontradas corrientes china y soviética, salvaguardando el interés nacional, que a estas alturas no es estrictamente económico, sino también político, como corresponde a una gran potencia, cuyo futuro está vinculado al futuro de los demás países asiáticos, en particular China. Porque a pesar de su técnica de vanguardia y formidable potencial económico, Japón es asiático, y éste parece ser el factor esencial de su nueva postura en el ámbito internacional.

LIUDPRANDO